



NUM. 44. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos 42 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 4 DE NOVIEMBRE DE 1866.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, AÑO X. un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.



ardone por hoy el extranjero: asuntos domésticos nos llaman la atención, y queremos dedicarles cuatro palabras.

Un aplauso, que prometía ser interminable, saludó la aparición de Zorrilla en el escenario del teatro del Príncipe, luego que hubo terminado *El Cuento de las flores*. Se ha dicho que esta especie de alegoría

ó apólogo dramático no era necesario para justificar la salida del poeta, á quien no calificaremos de eminente porque no há menester su genio el pedestal de un adjetivo tan desacreditado; pero si el poeta creyó de buena fe lo contrario, mucho mas desconociendo los hábitos presentes de nuestro pueblo en cosas de literatura, digno es aun en esto, no ya de disculpa solamente, sino de encomio. No es Zorrilla, jamás lo fue, de esos hombres que para exhibir quizá raquíticos engendros los rodean desde que son concebidos, en pecado original, hasta que salen á luz, en pecado mortal, de cuantas precauciones son imaginables para que no se malogren, ni por ende, priven al autor de ofrecer su propia personalidad á la estupefacción del público mistificado. Zorrilla hubiera recibido siempre, con y sin *El Cuento de las flores*, la inusitada acogida que en la noche del jueves 25 del pasado mes; pero ciertamente, si en alguien hubo desconfianza de que así sucediese, fue en él, que ya antes, en los versos que publicó al poner el pie en el suelo patrio, y luego en los que dirigió á don Pedro Antonio de Alarcon, habia manifestado la duda, solo concebible en quien tanto vale, de si España le habria olvidado.

Toda la prensa ha sancionado con su competencia

el legítimo triunfo del poeta popular, que tuvo encantado durante la lectura, al público que ocupaba todas las localidades, y que si interrumpia frecuentemente los aplausos y los bravos era para no perder ni una sílaba de aquellas peregrinas creaciones. Singularmente las *Lágrimas*, los *Suspiros* y el *Album de una rosa*, arrebataron por su mérito extraordinario; pero tambien ¡qué magia la de aquella voz! En aquella voz habia lo que en aquellos versos, colores, gorjeos, perfumes, frescura, movimiento, diafanidad, ayes, oraciones, todos los ecos de la naturaleza y de la pasión! No hay instrumento alguno comparado con el de la palabra humana cuando brota de los labios de un hijo predilecto del arte, porque entonces une al ritmo de la música y á la vaguedad de la melodía, la espresion gráfica y concreta de la voz articulada y satisface plenamente á la inteligencia y al corazón, aventajando en esto á su rival la música.

El aspecto que el teatro presentaba era magnífico; en él se habian reunido cuantos aman las glorias del país, desde las mas altas clases hasta las mas humildes: la literatura no podia faltar, y mostró, en efecto, con su asistencia y sus aplausos, que se asociaba al general entusiasmo. En uno de los primeros números de *El Museo*, daremos un precioso grabado que representa el acto de la lectura de las poesías por el popular vate castellano.

En el teatro de Jovellanos se ha estrenado tambien el drama histórico *Sueños y realidades*, del señor don Antonio Hurtado, que ya con sus anteriores obras, y señaladamente con *El anillo del rey* y *El toison rojo*, habia sabido conquistarse uno de los primeros puestos entre nuestros autores dramáticos contemporáneos.

Distínguense las obras del señor Hurtado por lo sencillez de la fábula, la atinada combinacion de las escenas, lo simpático de los personajes en quienes el interés principal se concentra, la fluidez y la galanura de la versificación, cosa en que tiene raros competidores, y en fin, por su respeto á las buenas tradiciones, que nunca le hará incurrir en estravagancias y absurdos para conseguir efimeros triunfos. No entraremos en el exámen detallado de su última producción, tanto por no ser este el lugar á propósito, cuanto porque no hemos hecho mas que leerlo; pero desde luego nos atrevemos á recomendarlo al público, para que lo vea y pueda saborear las bellezas literarias de primer orden en que abunda, y que confirman el alto y merecido

concepto de que el autor goza. La concurrencia ha hecho en todas las representaciones que lleva, justicia á su mérito, contribuyendo, por su parte, á realzarlo el esmero y la propiedad desplegados por la empresa para decorar la obra de una manera digna de la primera capital de España.

Dos noticias nada gratas tenemos que consignar en esta revista. Es una el fallecimiento del señor don Modesto Lafuente, que ha dejado un vacío en las letras difícil de llenar, y de cuya vida laboriosa y fecunda verán mas adelante nuestros lectores una reseña. La otra se refiere á los estragos producidos por terribles inundaciones, á consecuencia de las lluvias torrenciales que han caído en varias provincias del reino. La mayor parte de Cataluña, Valencia, Aragon, Andalucía y otros puntos, han visto interrumpidas sus comunicaciones con el resto de la península por furiosos temporales, que han destruido grandes trozos de las vias férreas, casas, puentes y arbolados, llenando de espanto y desolacion á infinidad de familias, muchas de las cuales han sufrido perjuicios irreparables.

Ya se ha puesto á la venta *El Cancionero del esclavo*, coleccion de poesías premiadas y recomendadas por el jurado de la Sociedad Abolicionista, en el público certámen celebrado en esta corte hace algunos meses. Conocido el fin laudable que se propone dicha Sociedad, á la que pertenecen, sin distincion de partidos políticos, personas ilustradísimas que desean ver estinguído para siempre aquel resto de barbarie y de inhumanidad, esperamos que muy pronto han de agotarse los ejemplares del mencionado libro, así por esta consideracion, como por el valor intrínseco de muchas de las producciones que lo constituyen.

Invitados por don Tomás Isern á visitar el magnífico establecimiento *La Villa y Corte de Madrid*, cuya inauguracion se verificó á principios de la semana última, tuvimos el gusto de recorrerlo todo y de admirar el extraordinario lujo y la ornamentacion verdaderamente artistica que lo embellece, no menos que el surtido de géneros y de prendas de vestir ya hechas que llenan sus escaparates, salones y espaciosas galerias. No hay muchos establecimientos en las primeras capitales de Europa, que puedan rivalizar con el del señor Isern.

Con motivo de la festividad que la Iglesia celebra en conmemoracion de los difuntos, los cementerios han sido visitados por una inmensa concurrencia. El pue-

blo de los vivos ha ido en peregrinacion al pueblo de los muertos, á esparcir sobre las sepulturas flores regadas con lágrimas, flores, que aunque marchitas pocas horas despues, son eternas, porque su significacion las perpetúa. ¿Qué importa que esas flores no vivan á la manera que vivian en el tallo de que las arrancaron, es decir, frescas, lozanas, olorosas, coronadas de rocío, para que hablen al alma acaso con mas elocuencia que antes? Sucede con esas melancólicas ofrendas del dolor lo que con el hombre; el cuerpo se convierte en polvo; el alma se reviste de inmortalidad; la flor cae mustia y deshojada; el recuerdo de lo que simboliza, allí estará entero, inmarcchito, mientras quede un solo átomo de materia. ¿Quién no comprende en el momento mismo de mirarlo, que el ramo de violetas, aunque secas ya, depositado en la tumba de un niño, es la tiernísima ofrenda de una madre? Si la muerte de las flores, pudiera significar la muerte del recuerdo, triste idea formaríamos de la humanidad; piadosamente pensando, debemos creer que si el silencio y la soledad reinan durante todo el año en los cementerios, si se abandona del todo, ó se confía á manos extrañas el cuidado del reducido espacio que guarda los restos de los seres amados, esto procede, no tanto de que el olvido haya borrado su imagen de los corazones, cuanto de una preocupacion invencible, que hace mirar á la muerte como la ruina total de la existencia, y no como el principio de una existencia superior á la terrestre.

Por la revista y la parte no firmada de este número,
VENTURA RUIZ AGUILERA.

LA NAVEGACION AEREA.

(CONCLUSION.)

Si se examina atentamente la cuestion de la navegacion aérea, es fácil convencerse de que la direccion de los globos no es el único problema aerostático que hay que resolver y tal vez, segun Mr. Blerzy, es uno de los menos importantes, aunque sea el único que estudian la mayor parte de los inventores. Para cerciorarse de esto, basta considerar cuál es la preocupacion constante de los aeronautas en sus ascensiones; no es la de dirigirse hacia este ó el otro punto, es la de poderse sostener en la atmósfera todo lo mas que sea posible. Se aterran á la idea de que puede romperse el globo y precipitarlos; les aterran tambien las pérdidas de gas accidentales ó voluntarias que los obligan á descender; por lo tanto, los primeros inconvenientes que hay que remediar son la porosidad y la fragilidad del globo.

El primer hombre que tuvo la idea de construir un barco y de abandonarse al curso de un rio, trató primero de que el barco no hiciera agua, y despues se ocupó en pensar cómo lo dirigiria; antes de inventar el timon, quiso impedir que el agua sumergiera la embarcacion; del mismo modo, la primera dificultad que tiene que vencer el aeronauta es la de asegurar la impermeabilidad de la cubierta. Los tejidos y la mayor parte de las cubiertas flexibles, aun cuando se hallen con una capa de sustancias gomosas, dejan salir el gas como al través de un tamiz, cuestan caras y duran poco. Tal vez el carton, ó á lo menos el papel en hojas pegadas unas sobre otras, tendria la ventaja de la baratura, de la ligereza y de la impermeabilidad; pero se encoge ó se alarga por efecto de la humedad, y desde luego no ofreceria la resistencia que es de desear. Ultimamente se ha dicho que una muselina doble con una capa de caoutchouc por la parte de adentro, ó por la de adentro y la de afuera al mismo tiempo, serviria muy bien para el objeto. Otras personas han creido que convendrian unas hojas de metal muy delgadas. En realidad, los gasómetros de metal en que se conserva el gas para el alumbrado en las fábricas de Francia, no son mas que globos; sin embargo, el metal demasiado delgado es quebradizo, frágil y mas flexible que lo que conviene para el objeto propuesto, y si es grueso se hace demasiado pesado. Es preciso, pues, confesar que no disponemos de ninguna sustancia propia para hacer un globo aerostático que pueda permanecer hinchado durante mucho tiempo; mientras no se haya descubierto nada mejor, los viajes aéreos se limitarán á una permanencia de algunas horas en la atmósfera.

La clase de cubierta no es la única cuestion que hay que estudiar en la fabricacion de los globos aerostáticos; el gas que se encierra en ellos merece tambien la atencion. Hasta el dia no se han usado mas que tres gases diferentes, el aire caliente, el hidrógeno y el gas para alumbrado. La primera invencion de los hermanos Montgolfier consistia en un globo que tenia una especie de orificio inferior debajo del cual habia un brasillo encendido. Este procedimiento presentaba la preciosa ventaja de que la operacion de llenar el globo se hacia en algunos minutos y sin pérdida sensible; pero si por un lado habia economía de tiempo y de dinero, es preciso convenir en que la fuerza de ascension era pequeña y que el peso del combustible sobrecargaba inutilmente el paracaídas. Además, hay que considerar que el fuego debajo de una tela inflamable

era un peligro perpétuo; por esta razon en Francia, en tiempo de la Restauracion, se prohibió por una orden de policia que se usara este medio en las ascensiones que tenian lugar en las fiestas públicas. Actualmente no habria que temer este peligro, puesto que se sabe hacer incombustibles los tejidos por medio de una disolucion de sales alcalinas.

El carburo de hidrógeno, vulgarmente llamado gas de alumbrado, no pesa mas que 2 por 100 menos que el aire atmosférico, pero da al globo muy poca fuerza para ascender y es preciso aumentársela haciendo mayor el volumen de la cubierta. Sin embargo, los aeronautas de profesion usan siempre este gas, porque tiene para ellos la ventaja de ser barato y de encontrarse ya fabricado. Además, como los globos que se echan en las fiestas públicas, no se elevan mucho, necesitan poca fuerza, y en cuanto á la dimension excesiva de la cubierta, puede decirse que es un atractivo mas para el espectador.

El hidrógeno es el gas preferible á todos los demás por su poca densidad, porque como es diez y seis veces mas ligero que el aire y que el gas de las fábricas, hace perder al contenido del globo 94 por 100 de su peso. Tal vez pueda objetarse que precisamente por razon de su estremada fluidez se filtra con mas facilidad al través de la tela que retiene. Se dice tambien que es de un precio muy caro; en efecto, cuando se fabrica en corta cantidad con el objeto de llenar un solo globo, e te gas viene á costar diez veces mas caro que el que se hace en las fábricas para el alumbrado. Es preciso tener en cuenta, sin embargo, que la industria se perfeccionaria, si se pidiera en grandes cantidades. Mr. Blerzy, de quien tomamos estas noticias, cita el hecho de haberse establecido en París una fábrica que preparaba el hidrógeno para el alumbrado y para otros usos, y le vendia á un precio bastante moderado para poder hacer la competencia á fábricas mas antiguas que casi no suministraban mas que carburos de hidrógeno.

Cuando los ingenieros aeronautas se an fabricar globos impermeables y llenarlos de hidrógeno por un precio bajo, habrán realizado mejoras importantes; y sin embargo, apenas habrán tocado aun las cuestiones preliminares de la navegacion aérea. Será necesario pensar en la forma que mas conviene dar á la máquina para que pueda resistir al viento y penetrar con mas facilidad por la atmósfera. ¿Se conservará la forma esférica de nuestros globos vulgares? Es poco probable, aunque esta forma tenga la ventaja de contener mayor cantidad de gas en un espacio mas pequeño. En general, los cuerpos que están destinados á penetrar un centro cualquiera, presentan una punta que hiende el cuerpo que han de penetrar, despues un ensanche cuyo espesor depende de la longitud total, y luego una estremidad redondeada. Hay que notar tambien que la presion del gas interior no debe ser sensiblemente superior á la presion del aire que le rodea, porque de otro modo la cubierta estaria demasiado tirante y podria estallar. Supongamos que se llenan estas condiciones y que se realizan estas mejoras; falta saber qué servicio se podrá obtener de una máquina bien llena, bien ligera y bien cerrada; ¿podrá subir y bajar á voluntad del que la gobierna? ¿Seguirá el rumbo que quiera imponerle su piloto? Si los recursos de que puede disponerse permiten que se dé al globo un movimiento vertical, es decir, de arriba abajo ó vice-versa, ó un movimiento horizontal en direccion al punto á que se quiere llegar, en ese caso es evidente que todos los caminos del Océano atmosférico estarán abiertos para el aeronauta.

Los aeronautas no han tenido nunca mas que un procedimiento para descender, que ha sido abrir la válvula que hay en la parte superior del globo, y dejar que saliera el gas hasta que la máquina perdiera el exceso de fuerza ascensional de que deseaban desembarazarse. Cuando querian subir, arrojaban una parte de su lastre, y se hacian mas ligeros para ascender mejor. Algunos inventores han ideado otros medios; Pilatre de Rozier perdió la vida cayendo sobre las rocas de Boulogne, porque tuvo la idea de poner debajo del globo de gas hidrógeno que le llevaba, un segundo globo de aire caliente que podia aumentar ó disminuir á voluntad, sin dejar el paracaídas en que iba; pero habiéndose incendiado el segundo globo, el fuego se comunicó al primero, y el paracaídas quedó suspendido en el aire, cayendo con todo su peso, y produjo la muerte del aeronauta.

Zambecari hizo tres ensayos de la misma clase, y pereció en el último. Meusnier queria imitar la vejiga nadadera de un pez; pero aunque su sistema no llegó á ensayarse, la maniobra debia ser penosa y el resultado insuficiente; otros han propuesto comprimir el globo por medio de cuerdas que dirigiria el aeronauta; pero es de temer que el exceso de tension y el roce de las cuerdas sobre la tela harian que ésta se rompiera muy pronto. Otros han propuesto emplear una máquina especial, rueda de cierta forma, remos, etc., etc. Se pueden imaginar muchas disposiciones que encontrarian su justificacion en su analogía con la cola de los pájaros y de los peces; pero todas estas máquinas necesitan un motor, y como los brazos de los aeronautas se cansarian de un trabajo incesante, seria preciso

llevar un aparato movido por el vapor. Que no cause asombro esta idea, porque el progreso del arte aerostático no es posible mas que con esta condicion.

Escepto el vapor, cuyo poder puede aumentar hasta lo infinito, no se ha encontrado aun ningun medio eficaz para subir y bajar á voluntad. Hay que advertir que las variaciones en la temperatura de la atmósfera pueden ejercer alguna influencia sobre la posicion en equilibrio del globo en el aire; mientras el sol alumbraba la tierra, el globo sube; cuando empieza la noche, descendiendo; las nubes que cubren el cielo, la lluvia, el buen tiempo, en una palabra, todo lo que modifica la temperatura, modifica tambien la altura del globo. Veamos si el movimiento horizontal del globo es un problema de una solucion sencilla; hay mucha analogía entre la navegacion horizontal en el aire y la navegacion marítima en la superficie del Océano. Como el barco que descendiende el curso de un rio, el globo puede dejarse arrastrar por el fluido que le lleva, y participar de su movimiento; puede tambien, por medio de motores artificiales, ir en contra de la corriente, si el motor es bastante poderoso y la corriente no es demasiado fuerte.

Los mas moderados entre los que piensan en la navegacion aérea, desconfiando de las máquinas, se contentarian con imitar la marina de velas, y han tratado de utilizar el viento para la direccion de su aparato. ¿Tiene la atmósfera tambien sobre la tierra esos vientos que reinan sobre la superficie de los Océanos? A primera vista, parece que no hay nada de esto; las corrientes de aire terrestres, desviadas á cada instante por las montañas, las ciudades y los bosques, no tienen la regularidad que les es propia cuando se hallan sobre la superficie plana de los mares. Sin embargo, elevándose por encima de todos estos obstáculos, es de creer que se pueda volver á encontrar esas corrientes constantes que varian cuando mas de una estacion á otra. El aeronauta del erá, pues, atravesar rápidamente la primera zona de la atmósfera donde reinan los vientos variables, y elevarse á la primera ó segunda corriente, segun el rumbo que quiera seguir. Algunos aeronautas han tenido bastante confianza en estos vientos regulares, para aventurarse sobre el mar. El 7 de noviembre de 1836, Mr. Green partió de Londres con dos compañeros de viaje; atravesó el mar del Norte durante la noche, y descendió por la mañana en Coblenza, despues de haber recorrido 800 kilómetros en diez y ocho horas; habia ido por la corriente inferior. Otros varios aeronautas han hecho viajes de esta clase.

Aun suponiendo que los aeronautas encuentren en la atmósfera corrientes regulares sobrepuestas y dirigidas en sentido contrario, es decir, que la una vaya de Este á Oeste, y la inmediata de Oeste á Este, y asi sucesivamente, la direccion de los globos no será todavía un problema resuelto. En primer lugar, el viento superior no estará siempre á la misma altura; á veces, será preciso buscarle mas arriba de donde puede subir el globo, y este último no podrá avanzar nunca mas que en el sentido del viento; le será imposible seguir todos los rumbos del compás como un buque; además ¿es á la navegacion de velas, con sus lentitudes, sus rodeos y sus incertidumbres, á la que se nos quiere llevar hoy? Evidentemente no; se comprenderia la oportunidad de estos proyectos antes del vapor y de los caminos de hierro, pero ahora no son ya de este tiempo. Para que la navegacion aérea se haga aceptar, es preciso que se cree de una sola vez, perfeccionada, sin pasar por los grados intermedios porque ha pasado la navegacion marítima; es preciso desde el principio aplicar el vapor á los globos como á los wagoes y á los buques.

¿Bajo qué forma manifestará el vapor su poder? ¿Se encontrarán materiales bastante ligeros, y al mismo tiempo bastante resistentes para estos aparatos aéreos? Si se quisiera emplear la máquina de vapor, habria que temer los peligros del fuego, especialmente por las chispas que salen de la chimenea, y que si encontraran algun punto por el que se escapara algo de gas, podrian determinar la explosion. Otra de las grandes dificultades, es el peso inmenso de la máquina y el del carbon que habria que llevar; sin embargo, todas estas dificultades, aunque graves, no son insuperables; basta saber que científicamente no es imposible guiar un globo en la atmósfera tranquila.

Supongamos, pues, que se llegue á instalar en el globo un remo ó un hélice que dirija de un modo seguro y poderoso, ¿se habrá descubierto, en ese caso, la solucion del problema? Todavía no, ó cuando menos, esta solucion será incompleta. En los dias de tempestad, el globo será el juguete de la atmósfera como el buque es el juguete de las olas, porque presentando una superficie inmensa á la accion de los vientos, se verá obligado á permanecer en tierra al menor céfiro que sople. Además, es preciso contar aun entre los grandes obstáculos de la navegacion aérea, la imposibilidad de saber el lugar en que se halla el aeronauta cuando se ha elevado; perdido en las nubes, no tiene conocimiento del rumbo que sigue, mas que en tanto que está en comunicacion con la tierra.

En la actualidad, es posible reasumir en pocas palabras las condiciones que falta llenar para realizar la navegacion aérea por los globos. Es preciso hacer la

cubierta impermeable al gas, y poder dirigir el globo vertical y horizontalmente; tales son los tres términos del problema que hay que resolver. El mejor globo no conserva hoy su facultad de ascension durante cuarenta y ocho horas; los movimientos verticales no se efectúan mas que á espensas del lastre; la traslacion horizontal se hace á merced de los vientos; tal es el estado de la cuestion; es decir, que nos hallamos tan distantes de la solucion como en tiempo de Montgolfier y de los primeros aeronautas. Los trabajos de algunos centenares de inventores no han producido ninguna mejora práctica, aunque entre ellos se cuenten inteligencias de primer orden.

M.

EL EXCMO. SR. D. MODESTO LAFUENTE.

España entera llora en estos momentos la pérdida de uno de los hombres mas notables que ha producido el siglo XIX, de uno de esos genios que aparecen rara vez, y cuyo destino está ligado al de la época en que viven. Muchas de las celebridades que hoy aplaudimos con indecible entusiasmo, cuya gloria nos parece sin rival, desaparecerán apenas pisen los umbrales del sepulcro, y solo los eruditos podrán decir dentro de muchos años las causas de la fama que gozaron en su tiempo; pero el nombre de don Modesto Lafuente, del ilustrado autor de la *Historia de España*, sobrevivirá á todas esas medianías, y será citado por el sabio y por el ignorante de edad en edad, como Mariana, Ambrosio de Morales y Garibay, son mencionados por nosotros.

El excelentísimo señor don Modesto Lafuente nació en Rabanal de los Caballeros, pequeña aldea de la provincia de Palencia, en 1.º de mayo de 1806. Su padre, que ejercía la profesion de médico en Cervera del rio Pisuerga, le destinó á una carrera literaria. Comenzó, en efecto, con el estudio de la latinidad, que terminó en breve período, emprendiendo, cuando apenas contaba la edad de 13 años, el estudio de la filosofía y de la teología en Leon, de donde pasó á Santiago para cursar en aquella universidad la jurisprudencia, graduándose luego en la de Valladolid de bachiller en teología. La grande aplicacion y superior ingenio que manifestó desde el principio de sus estudios, le valieron la amistad y predileccion de sus maestros, que aficionados á sus buenas cualidades, le aconsejaron que abrazase la carrera del profesorado, como la mas á propósito para su carácter y talento. Siguió Lafuente sus consejos y trabajó con laboriosidad, habiendo merecido ser nombrado en 1830 bibliotecario y profesor del colegio de Astorga, donde regentó diferentes cátedras de filosofía y de teología, que obtuvo por oposicion, distinguiéndose ya desde entonces por las brillantes dotes que le han adornado en el resto de su vida.

Seis años hacia que se consagraba á tan pacíficas tareas, cuando los sucesos políticos que tuvieron en conflagracion á toda la península, viniendo á turbar la tranquilidad de su retiro, le obligaron á dedicarse á una ocupacion de un género muy distinto á las que hasta entonces se habia consagrado. Nombrado en 1836 secretario de la Junta Diocesana de Leon, ocupó este puesto hasta el año siguiente, en que fue trasladado de oficial primero al Gobierno Político de la misma provincia, cuyo destino desempeñó durante un breve período, no obstante haber tenido ocasion de prestar en él importantes servicios. Acababan de verificarse los memorables sucesos de la Granja, y Lafuente, que no se hallaba conforme con ninguno de los principios entonces proclamados, se declaró en abierta oposicion con el gobierno, comenzando á publicar el célebre *Fray Gerundio*, lo cual le valió ser declarado cesante desde luego. Varias diputaciones provinciales se apresuraron, sin embargo, á ofrecerle puestos de mas ó menos importancia, pero los renunció decidido á consagrarse por completo á la vida periodística.

Lafuente se habia propuesto al dar á luz el *Fray Gerundio*, tomando esta denominacion y acaso el pensamiento de su periódico de la célebre obra del Padre Isla, que lleva su mismo título, corregir á su ejemplo, por medio de la sátira, los abusos de la época, haciendo ver al público el verdadero estado de la situacion del país, y llamando la atención de los gobernantes con chistes é indirectas mas ó menos picantes é incisivas. La numerosa suscripcion que obtuvo desde su principio este periódico en España y el extranjero, y la popularidad que proporcionó á su autor, manifiestan la forma en que llenó su cometido, y demuestran de una manera inequívoca su decidida influencia en la opinion pública. Temerario el gobierno de los progresos de una publicacion cuya vida habia aumentado, y reconociendo aunque tarde su error, procuró corregirlo ofreciendo al que la redactaba diferentes colocaciones; pero Lafuente, que adivinaba el objeto de estas ofertas, y se habia negado á aceptar las que con el mismo fin le habian hecho diferentes corporaciones, se negó á admitirlas, acrecentando el crédito de una publicacion cuyas suscripciones eran mas numerosas cada dia. Con este motivo, se trasladó á Madrid

en 1838, publicando desde entonces dos *capilladas* semanales, que escribía por sí mismo.

Cuatro años de existencia contaba *Fray Gerundio*, cuando emprendió su redactor un viaje á las provincias del Mediodía de España, teniendo ocasion de conocer hasta qué punto rayaba la popularidad de su periódico, por las distinciones y obsequios que recibió durante el camino, siendo acogido con festejos públicos en muchos de los pueblos por donde transitaba. Iguales demostraciones mereció á las ciudades de Córdoba, Sevilla, Cádiz, Granada, Toledo, Zaragoza, Valladolid, las Provincias Vascongadas, Palencia y Leon, viendo compensados de esta manera, hasta cierto punto, los disgustos y sinsabores que con demasiada frecuencia habia tenido que devorar por su oposicion á ciertos actos de los gobiernos de aquella época. Se ha referido como un hecho positivo que algunos forasteros vinieron á Madrid sin otro objeto que conocer al afamado fraile, pues tal creian era la profesion del redactor del periódico, y á su no menos insigne lego, no siendo fácil convencerlos de su existencia en un solo individuo. Las propias pruebas de aprecio recibió Lafuente en Gibraltar, y en un viaje que emprendió aquel verano por Francia, Bélgica, Holanda y Alemania, buscando algun desahogo á sus tareas literarias. Durante esta escursion escribió los artículos necesarios para el *Fray Gerundio*, y formó una notable coleccion de apuntes acerca de las costumbres y usos, de la historia y monumentos de las naciones y pueblos que habia recorrido, con lo que no tardó en dar á luz una obra tan sencilla como notable.

A su regreso puso término á la ya larga existencia de su periódico, que forma diez y seis volúmenes muy abultados, á pesar de lo cual tuvo que hacer nuevas ediciones, que fueron enviadas á las Américas españolas. Muchas de sus *capilladas* se tradujeron por entonces al francés, inglés y alemán, buen resultado que animó á su autor, despues de haber descansado algun tiempo, á emprender otra nueva publicacion; y en 1843 apareció su *Teatro social del siglo XIX*, en que se propuso describir los sucesos mas notables de su época, de la manera profunda y filosófica, al par que festiva, propia de su pluma. A los dos tomos de esta revista siguió el *Viaje aerostático de Fray Gerundio, en compañía de su lego*, y la *Revista europea*, mas todo lo abandonó para consagrarse exclusivamente á su *Historia general de España*.

Dedicado á este difícil trabajo, no perdonó fatiga por llevar á cabo su plan de una manera digna y acertada, conforme al objeto á que se dedicaba y al pueblo de cuyos hechos se proponia ser cronista. Algunos años antes de dar á luz el primer tomo, comenzó á atarearse dia y noche con la lectura de libros y manuscritos, á luchar con toda clase de dificultades, y á viajar, recorriendo los archivos de Barcelona, el Escorial y Simancas, llenos de importantes documentos, de los que el inteligente historiador podía reportar las mayores ventajas. Despues de largas vigiliias y gigantescos trabajos, fueron viendo la luz sucesivamente los tomos, que aguardaba con ansiedad el mundo literario, y llenó con creces sus esperanzas. No es este el lugar de hacer el análisis de esta obra, ni es nuestro cometido; la prensa y las primeras autoridades en materias de historia y literatura han emitido ya su juicio sobre tan importante trabajo, y á él nos remitimos, pues de ningun modo es nuestro objeto aparecer como críticos y menos aun como panegiristas.

De su retiro y penosas ocupaciones no tardaron en sacar á Lafuente los sucesos políticos. Una revolucion triunfante puso en arma á todos los hombres que se creian de alguna importancia para el país, y el historiador de España vino á ocupar uno de los primeros puestos de las célebres Cortes Constituyentes de 1854. Vice-presidente de aquella asamblea, dió repetidas pruebas de aprecio en la discusion de notables sesiones, y como orador no se distinguió menos, tomando parte en cuestiones importantes, como en la contestacion al discurso de la Corona, y redaccion de la Constitucion, en la que se señaló hablando sobre la segunda base, cuestion que puso de nuevo la pluma en su mano, publicando un folleto con el título de *Cuestion religiosa*. La fama que como orador obtuvo en esta asamblea le obligó á figurar como diputado en las sucesivas legislaturas, y aun cuando renunció en alguna, su voz ha resonado casi hasta sus últimos momentos en el recinto del Congreso.

Con tal motivo, alcanzó elevados cargos públicos, como los de consejero de Instruccion pública, que ha desempeñado hasta la última reforma de esta institucion: miembro de la junta consultiva de Ultramar, de la superior de Archivos y de la de Beneficencia del reino. Figuró durante algun tiempo como director de la Escuela de diplomática, direccion en que no estuvo muy afortunado, y renunció despues de haber dado margen á varias censuras por sus desaciertos. Por entonces se le concedió la gran cruz de Isabel la Católica, y despues fue nombrado consejero de Estado, alto é importante cargo que desempeñó en diferentes ocasiones, manifestando en él los vastos conocimientos de que para la gobernacion del país se hallaba adornado el que habia sabido hacer su historia y juzgar á sus hombres antiguos y modernos. Su nombre figuró en

alguna candidatura ministerial, con destino al departamento de Fomento, pero no llegó á obtener este puesto, lo cual, mas que para él, hubiera sido una gloria para el país.

Pertenecía, desde 1843, á la Real Academia de Historia, como individuo de número; en cuya corporacion leyó á su ingreso un discurso acerca de la *fundacion, engrandecimiento y caída del Califato de Córdoba*, punto el mas interesante quizá de la historia árabe de España, y que supo tratar con la maestría y acierto de su caracterizada pluma. Pertenecía, por último, á otras muchas corporaciones científicas y literarias, así de España como de otros países de Europa y América. Su laboriosa y útil vida parecia brindarle con una ancianidad tan respetable como honrosa, cuando una enfermedad que venia padeciendo hacía muchos años, un catarro crónico pulmonar, complicado con lesiones de las vísceras intestinales, puso término á su existencia el dia 25 de octubre próximo pasado, habiéndole auxiliado en sus últimos momentos, y administrándole el Sacramento de la Estrema-Union, su antiguo condiscípulo el ilustrísimo señor obispo de Guadix, que se halla actualmente en esta corte. La muerte del señor don Modesto Lafuente, ha causado general sentimiento á todos los amantes de las letras patrias, á cuantos saben rendir justo tributo al talento y á la virtud, muchos de los cuales han acompañado sus restos mortales el dia 27 á las diez de la mañana, desde la parroquia de San Ildefonso á la sacramental de San Lorenzo. Fue nuestro cariñoso y excelente amigo, hombre modesto durante su vida, á pesar de su extraordinaria reputacion de grande escritor, entendido crítico, político eminente, poeta festivo, é ilustrado satírico, que supo conquistarse envidiable gloria en su siglo, y que no encontrará quizá muchos semejantes en los venideros.

MANUEL OVILÓ Y OFERO.

ENTRADA DE LA FRAGATA «BLANCA»

EN EL PUERTO DEL FERROL.

En uno de los números anteriores de *EL MUSEO*, anunciamos la noticia de haber arribado al puerto del Ferrol la fragata *Blanca*, cuyo grabado, hecho en vista de una fotografia, damos en el lugar correspondiente. No bien apareció el gallardo buque en las aguas del puerto, la poblacion toda corrió al muelle, para saludarlo con gritos de júbilo. A éste saludo siguió el de las embarcaciones ancladas en la bahía, que cubiertas de banderas y gallardetes, formaban la mas bella perspectiva. Multitud de botes y lanchas conduciendo una ininidad de curiosos, partian de diversos puntos y avanzaban á fuerza de remos para acercarse á la fragata, cuyo jefe, el bravo don Juan Bautista Topete, y el señor Carranza, comandantes primero y segundo, y demás individuos de la dotacion, tantos dias de gloria han dado á la patria en el Pacífico.

Las autoridades militares y civiles, seguidas de los oficiales y empleados, pasaron á bordo de la *Blanca*, donde fueron contestadas con entusiastas aclamaciones las sentidas frases que algunos de dichos jefes dirigieron á los intrépidos marinos de la fragata.

Luego que desembarcaron éstos, se dirigieron á la casa del capitán general del departamento, acompañados de un gentío inmenso, que no sabia como demostrarles los sentimientos de que se hallaba poseído.

Cartas recibidas del Ferrol anunciaban el nombramiento de una comision encargada de preparar festejos, para obsequiar dignamente á sus huéspedes. Nosotros les enviamos tambien un saludo fraternal, y tomamos parte en las afectuosas demostraciones con que los ha recibido la poblacion ferrolana.

VENECIA.

PLAZA É IGLESIA DE SAN MARCOS.

La plaza de San Marcos, de la cual y de la iglesia damos hoy un hermoso grabado, ofrece una encantadora variedad de estilos. Ninguno de los lados está en ángulo recto, ningun monumento se parece á otro, y sin embargo, esta plaza es de las mas bellas y majestuosas del mundo. Aquí, la torre del reloj, que interrumpe las *Procuratie Vecchie* (palacio de la izquierda) y difiere esencialmente de él como época y como arte. Al lado, el pequeño patio de los leones, formado por una rinconada de la basilica, rompe completamente este ángulo de la plaza; luego viene la catedral, cuya arquitectura bizantina trasporta la imaginacion á otro mundo por la admirable variedad de sus cúpulas, de sus columnas, de sus chapiteles y de sus colores. Todos los antiguos templos de Grecia y Asia han suministrado para estas obras materiales amalgamados con un vivo sentimiento del arte pintoresco. Sobre el mismo pie de la linterna se apoya la Logietta, pequeño templo del Renacimiento, de mármol rosa y de bronce; despues la plaza vuelve y se estrecha tomando el nombre de *piazetta* (plazuela). En el centro, á la de-

recha y á la izquierda, elevándose al azar como una vegetación espléndida, se encuentran columnas, pilares de mármol y de bronce, grupos de pórfiro y estatuas que realzan el efecto maravilloso de esta ciudad museo.

En cuanto al templo, es un conjunto de todos los tesoros del arte en todas sus épocas. En su fachada se ven columnas de pórfiro asiático y de mármol africano de todos colores, formas y tamaños, que recuerdan las conquistas de Constantinopla. Nínive, Babilonia, Grecia, Roma, Bizancio, Egipto, la Persia de la Edad media y finalmente, la Era cristiana, han llevado allí su tributo. Para un arqueólogo, allí está la ciudad santa, el lugar de peregrinación por excelencia, el sepulcro de San Marcos.

Cuando el dux Pietro Orseolo concibió el plano de la basílica, hizo ir de Oriente á los operarios más hábiles; cada uno de los barcos de la flota que recorría el Mediterráneo, recibió la orden de llevar la piedra al edificio sagrado que había de superar en magnificencia á Santa Sofía de Constantinopla. Este, arrancó de los templos de Corinto, de Esparta y de Rodas sus columnas, sus capiteles y mármoles preciosos; aquel, los marfiles, los mosaicos, las tribunas, las lámparas, los utensilios y ornamentos de todas clases. Una galería abovedada de 128 arcos rodea el monumento, que ofrece en su longitud un desarrollo de 220 pies, en una circunferencia de 930.

En cada conquista de la república, en cada alianza que ajusta, en cada tratado que firma, hay un recuerdo para la metrópoli. El león de San Marcos, con el puñal en la mano piensa siempre en su parte, verdadera parte de león. Poco le importa que sea del arte griego, romano, árabe ó persa; de todo carga las naves y trae para la casa de su amo inestimables tesoros.

Enumerar todas las riquezas que en la basílica han ido acumulando los siglos, valdría tanto como contar las piedras, los mosaicos, las columnas y los frisos; valdría tanto como contar la historia misma de Venecia.

EL PERDIS DE LA MEDIA NEGRA.

I.

Pérdís, en la lengua de los barrios extremos, en esas zonas estrechas y oscuras, incesantemente estenuadas por la lúsis social, llamada miseria, es una palabra que significa *miserablemente perdido*, ó mejor dicho, *inocentemente perdido*, *perdido inofensivo*, que se resigna con su suerte, y que no ha llegado á la doble degradación material y moral. Ignoramos el origen filológico de esta palabra; pero se la recomendamos á la Academia, por si tiene á bien adoptarla.

Hecha esta importante aclaración, entramos en materia.

El Pérdís de la media negra es uno de esos seres que

vegetan en medio del caos que aun oscurece la creación, que viven en la sombra, que cruzan por la vida con la vaguedad del espectro; de quienes nadie se ocupa más que un momento, y á quienes nadie pregunta á dónde van ni de dónde vienen.

Se piensa en el átomo, se analiza el elemento, se clasifica á la planta en familias y al animal en razas; las piedras tienen sus historiadores, y en el salón del Prado se paga un real por ver la luna al través de un telescopio.

Entre tanto, nadie se cuida de ciertos seres humanos,

mechones por ambos oídos y por las fosas nasales. Sus ojos son pequeños, redondos y saltones como los de algunos insectos, y las niñas despiden un fulgor apagado, como las de las aves nocturnas.

La expresión de su rostro ofrece puntos de semejanza con la del murciélago deslumbrado por la luz del sol, y el movimiento casi incesante y lleno de lentitud de su cabeza, es enteramente parecido al del buho.

Al verle, se cree en las metamorfosis como en un artículo de fe.

Lleva siempre en la cabeza una cosa parecida á un sombrero de copa alta, que, Proteo de los sombreros, toma todas las formas imaginables: agranda y disminuye como el mago de la Pata de Cabra, se encorva hácia adelante como un dolorido del estómago, ó se inclina hácia atrás como una mujer encinta. Usa una levita de una tela fantástica, sin cuello y con un solo botón en la cintura; tiene poca camisa, ningún chaleco y un pantalón, especie de embudo doble, colocado del revés, que no le llega á los tobillos; gasta zapatos de los llamados *de la valentía*, y ¡cosa inexplicable! una sola media negra, en la pierna derecha.

De aquí el nombre de *Pérdís de la media negra*, con que le clasificaron; primero, los pillos del barrio de las Peñuelas, en donde nuestro héroe vivió algún tiempo, y luego todos los gateros de Madrid.

El Pérdís cobra una pensión, cuyo origen ignoramos, en la casa de un grande de España, pensión de tres reales diarios, con la cual vive hace cuarenta años. Durante algunos, su posición no fue muy desahogada, hasta que una casualidad providencial vino en su ayuda. Supo que en la Escuela Pia de la calle de Hortaleza, se repartía diariamente una especie de rancho conventual, y nuestro hombre se hizo abonado perpétuo.

Desde entonces pudo atender con más holgura á las necesidades secundarias, y hasta ahorrarse para comprarse cada veinte y cuatro meses una camisa.

El Pérdís, aunque bueno y dulce en el fondo, tiene un exterior huraño y receloso, con arranques de altiva superioridad. Cada semana muda de casa, porque en ninguna encuentra el silencio que desea. En una ocasión vivía al fin de la calle del Lavapiés, y se mudó porque su patrona se negó á mandar enarenar la calle, á fin de evitar el ruido de los carros de la Aduana. Al día siguiente de haberse hospedado en una buhardilla de la calle de Jardines, dejóla también, por causa de no haber querido pasar recado á la parroquia de San Luis para que no tocasen las campanas.

Fuera de esto, el Pérdís es benévolo y cortés: habla poco ó nada, pasea de noche, duerme ó medita de día. Anda despacio y sin hacer ruido, como las sombras, carece de vicios y de virtudes, y tropieza sin notarlo en las dos esquinas de la vejez: la ruina y la tristeza.

Se cree un gran filósofo, un gran sabio, un gran naturalista y un gran poeta.

Filósofo, porque en sus escursiones por la miseria siente el frío de la tumba y mira alguna vez á las estre-



EL EXCMO. SEÑOR DON MODESTO LAFUENTE.

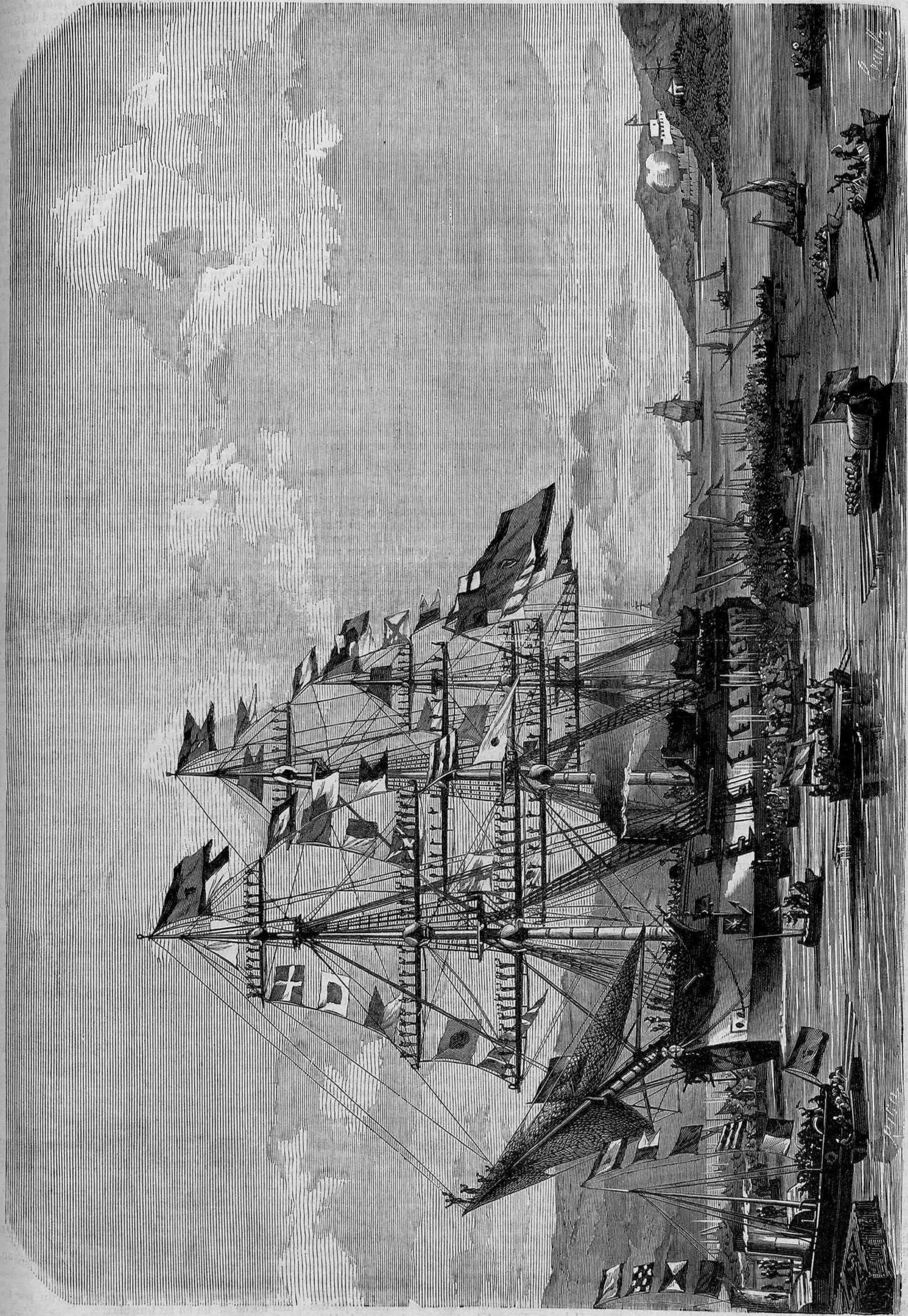
sino para hacer en su cadáver estudios anatómicos, en el hospital.

Vivos, causan asco, tal vez horror; muertos, ya es otra cosa: el corazón latente, vale menos que el corazón frío é inanimado: la psicología es inferior al escalpelo.

El Pérdís de la media negra es un hombre de cincuenta años, que representa algunos menos, porque en el sopor de la inteligencia, la vida se estanca, y el tiempo resbala sin dejar huellas. De frente no tiene fisonomía, porque su delgadez es tal, que solo presenta una línea vertical, que comienza en el punto céntrico de la cabeza, deprimida por ambos lados de las sienes, y acaba en un punto indefinido, que es la barba.

Visto de perfil el contorno, se marca como es consiguiente: aparece un escorzo hendido, que es la frente; una nariz cuyos cartilagos muy prolongados, ocultan la membrana central, y algo más abajo una como incisión horizontal, que constituye la boca.

Tiene la cabeza lisa y amarillenta como una calabaza muy madura, con eclipse parcial de cabellos, y decimos parcial, porque los nervios capilares existen desarrollados, pero hacia adentro, asomándose en cuatro largos



ENTRADA DE LA FRAGATA «BLANCA» EN EL PUERTO DEL FERROL.

llas y nunca á sus hermanos en el presidio de la desventura; sabio, porque ha estudiado y olvidado el latín; naturalista, porque un día, así como Cárlos Nodier descubrió el *Tarantaleo* en una gota de agua, él encontró en la Pradera del Canal un animal desconocido y quizá antidiluviano como los fósiles de Cuvier, y que es simplemente una hormiga con alas; y poeta, porque su padre fue el autor de una famosa décima, publicada en la *Gaceta* de 1812, que dice así:

«Cuando nuestro rey Fernando,
Para remediar sus daños,
Pensó en marcharse á los baños
Que estaba necesitando;
Sin saber cómo ni cuándo
Le llevaron á Sevilla
Sin pasarle por la villa,
En un coche, *pero malo*,
Tratándole ¡ como á un palo
Que se arranca de una silla!»

II.

El Pérdis no ha tenido mas que un amor y dos afecciones.

El primero, sintióle, como es natural, por una mujer: las dos últimas, hacía un hombre y un perro.

El hombre es un jóven de treinta años, el cual nos ha suministrado estos datos biográficos, que completan nuestras observaciones. Se llama *Alegría*, como el personaje zarzulesco, no sabemos por qué. Ejercía la profesion de memorialista ambulante, acomodador de criadas, y se habia erigido en secretario al aire libre, de todas las aguadoras del Prado. Amable, expansivo y simpático como su nombre, *Alegría* es el antípoda del Pérdis. Ama el día y la luz hasta el punto de no tener casa; vaga en sus labios una sonrisa eterna; es un filarmónico furioso, siempre está cantando, y aunque posee un gran repertorio de canciones, su favorita es una antigua, cuya letra dice:

Enviéme mi madre
Cardillos á vender,
Y vino el cardillero
Y me quiso prender.

Cuando se retiraba á su dormitorio, que era la verja del Dos de Mayo, *Alegría*, antes de entregarse á su breve sueño, entonaba también esta copla, en moda durante el sitio de Cádiz por los franceses:

Con las bombas que tiran
Los fanfarrones,
Hacen las gaditanas
Tirabuzones.

Por la mañana, no bien se abría el Retiro, *Alegría* penetraba en él, sacaba un peine del bolsillo y se peinaba y lavaba en una de las fuentes, hoy suprimidas, usando dos magníficas toallas: el aire y el sol.

En uno de sus paseos crepusculares, el Pérdis y *Alegría* se encontraron como dos larvas nocturnas, y simpatizaron; por qué...

¿Por qué la alegre raza andaluza tiene los cantos mas melancólicos?

¿Por qué los rudos y pesados hijos de Galicia se solazan con los bailes mas vivos y animados?

¿Por qué el *frívolo y ligero* pueblo francés, ha adoptado como metro clásico el alejandrino?

Pues por eso simpatizaron *Alegría* y el Pérdis.

III.

Hablemos ahora de *mistris Gorrís*.

Mistris Gorrís era una inglesa de mucho talento, muy versada en idiomas, que daba lecciones á domicilio. Estoy seguro de que alguno de mis lectores la ha conocido, porque su profesion hacía tratarse con muchas personas decentes.

Tenia cuarenta y ocho años de edad, y era el ideal de lo feo, de lo sucio y de lo inverosímil.

Sus encrespados cabellos eran del color del cromato de plomo, y sus ojos del del ácido fórmico. Su nariz parecía una vela latina hinchada por el viento, excepto la blancura. Sus mejillas juanetudas, formaban dos ángulos agudos, y *Blondin*, el atrevido funámbulo, no hubiera podido atravesar por su boca, de extremo á extremo.

Inmóvil, parecía la esfinge; si gesticulaba, la cariatide, é irritada, la Euménide.

Usaba un sombrero inmenso, parecido á un monitor de guerra, blindado de tela de araña y con tripulacion de cucarachas; ceñía á su talle un *plaid* limpio de manchas donde tenia agujeros, y vestía una falda negra con volantes de barro.

Como mujer superior, no sentía mas que dos pasiones internacionales: la del *robsbeef* y la del aguardiente de Chinchon.

El Pérdis de la media negra conoció á *mistris Gorrís* en una tienda de comestibles, y este encuentro fue para él un choque en que descarriló su corazón, que, lleno de niebla hasta entonces, se socababa por falta de dilatacion. Oyó hablar á la inglesa con la admiracion del que descubre un magnífico cuadro en una preñada, y el amor penetró en su alma como la luz

en un sótano: su pasion fue la del sabio: se enamoró de la inteligencia.

Aquel hombre, formado de bruma, necesitaba de aquella mujer abrasada de alcohol.

Mistris Gorrís iba siempre á la misma tienda; el Pérdis no faltaba ninguna noche, y desde allí la acompañaba hasta su casa; mas nunca se atrevió á declararle su atrevido pensamiento.

Con su amigo *Alegría* fue mas expansivo: le habló de su amor y le presentó á *mistris Gorrís*.

IV.

Trascurrieron algunos dias en que el Pérdis se sintió incómodo como un topo cogido en una ratonera, esperimentando una incesante vacilacion en las encrucijadas de su pensamiento.

Una mañana concibió una decision suprema, y escribió á *mistris Gorrís* una carta en que la declaraba su amor.

Enviósela por medio de *Alegría*, y esperó el regreso de éste, acurrucado en la cama, como el perro culpable que presiente una paliza. El memorialista ambulante, volvió pasado un rato, y entregó á su amigo un billete arrugado, oliendo á sebo y cerrado con miga de pan.

Era la contestacion de *mistris Gorrís*.

El Pérdis abrióle tembloroso, atropelló las letras con la vista, y luego reclinóse en la cama, en actitud de dolorosa resignacion.

—¿Se puede saber qué dice? preguntó *Alegría*.

El Pérdis le alargó la carta en silencio, y el memorialista leyó:

«Caballero: mis afecciones pasadas y mis ocupaciones presentes, no me permiten ocuparme de ningun ombre.»

—¿Qué falta tan garrafal de ortografía!—esclamó *Alegría*.

—¡Necio!—dijo el Pérdis, con acento de compasiva superioridad,—*mistris Gorrís* sabe mas ortografía castellana que tú, como lo sabe todo. Eso que tú llamas falta, es un gran pensamiento filosófico. Ella conoce el latín, como lo conoce todo: comprende la gran analogía que hay entre la palabra *umbra*, que quiere decir *sombra*, y la palabra *hombre*, suprimida la *h*; porque en verdad, ¿qué es el hombre, mas que una sombra que atraviesa por la vida y desaparece?

Alegría no quedó enteramente convencido; pero sí admirado del profundo talento de su amigo.

El Pérdis devoró su dolor en silencio. Un día le sopló la musa de su padre, y así como *Petrarca* hizo un soneto á la camisa de *Laura*, él compuso la siguiente quintilla endecasílabo, al sombrero de *mistris Gorrís*.

Quitado, cual del sol la crencha de oro
La nube evaporada deja ver.
Me muestra su cabello que yo adoro:
Puesto, sobre su frente, con decoro
Es bóveda del templo del saber.

V.

Dos pruebas terribles acechaban al Pérdis de la media negra.

Alegría, comprendiendo que habia ya llegado á la edad de pensar en hacer fortuna, abandonó la corte para establecer su bufete de memorialista en *Valdelaguna*, pueblo de veinte y cinco vecinos, á siete leguas de Madrid.

Poco despues, desapareció *mistris Gorrís*, sin que nadie haya vuelto á saber de ella. Quizá como á todos los seres abandonados, la tragó de repente un escotillon abierto en el tablado de la muerte.

El Pérdis lloró por primera vez en su vida y desgarró su levita arrancando el penúltimo boton. Volvió á ocultarse en su zona de sombras, y volvió á leer en la soledad la décima de su padre, autógrafa, y á contemplar la hormiga antidiluviana, que conservaba debajo de un vaso roto. Pero su corazón, abierto ya á las emociones, no pudo encerrarse en este aislamiento, y adoptó á un perro vagabundo, que le siguió en uno de sus nocturnos paseos.

Mas ¡ay! cuando la fatalidad designa á un sér como víctima, es inexorable. Semejante al progreso humano, camina á veces con lentitud, pero al fin llega: es un monstruo que sólo se detiene un momento para afilar las garras.

El Pérdis de la media negra sintió aun otro zarpazo.

Una noche del último estío, atormentado por el calor y por una picazon estraña, con fiado en la proverbial somnolencia de los serenos, y en la longanimidad de las parejas de la guardia civil, no pudo resistir al deseo de darse un baño en una de las fuentes del Prado, que están frente á la calle de las Huertas. Hizolo así, despues de atisvar hácia todas partes; mas en su éstasis de triton, no vió una sombra que se iba aproximando, encorvada y lenta, como un tigre. Súbito la luz de un farol, hasta entonces oculto, reverberó en el agua del pilón; el Pérdis se sintió agarrado de una oreja: el triton se convirtió en *Adán desnudo*, que despues, *Adán medio vestido*, tuvo que seguir á un déspota de la noche á la prevencion de la calle de San José.

Como el Pérdis no pudo presentar un *fiador de casa abierta ni cerrada*, fué trasladado á la cárcel del Saladero. Como era *pobre*, le alojaron en el patio, que es y *débil*, los demonios sin pan, habitadores de aquel departamento, entre otros escesos, hicieronle *verter el zambullo*.

Salió, al fin, de la cárcel, como se sale de todas partes, hasta de la vida, y voló á su chirivivil, ansioso de soledad y descanso. Aquí le esperaba el último golpe, es decir, *la puntilla*. Su perro adoptivo, encerrado durante muchos dias, habia muerto de hambre, destrozándolo todo en su agonía. El Pérdis halló la décima autógrafa de su padre hecha pedazos, y derribado el vaso, bajo el cual conservaba la hormiga con alas, la que no pudo encontrar en parte alguna.

¡Adios, caricias caninas, gloriosos recuerdos de familia, descubrimientos científicos! El Pérdis lo ha perdido todo. Desde entonces, y quizá para siempre, el dolor estancado en su corazón, hace subir á su cerebro los másmas del idiotismo. Su existencia ha vuelto á sumergirse en un limbo oscuro, en que sólo vislumbra vagamente el pote de la Escuela Pia de la calle de Hortaleza.

FLORENCIO MORENO GODINO.

HALEWA.

(CONTINUACION.)

Realizados cuantos pronósticos habia aventurado *Aviron*, llenó el oro sus arcas y la fama condujo su nombre hasta los postreros dominios de Damasco.

Eran aquellos los primeros dias del Koran, y el califa-*Abdelmelk* aconsejó al judío que dejara la ley de Moisés por la, según él, verdadera del enviado de Allah, *Sydi-Mahomed-el Coraixi*.

Y *Aviron*, que no reconocia otro dios que el becerro de oro, por complacer al príncipe de quien recibía grandes mercedes, renegó de su ley y profesó la del Profeta.

Veinte años antes, habíase casado secretamente el hebreo con una pobre, pero hermosísima doncella árabe, de la cual habia tenido tres hijos, *Saul* y *Omar*, gemelos, y *Arramedí*, que á la sazón contaba nueve años.

Lobna (1), apenas supo la conversion de su marido, le exigió el cumplimiento de sus promesas; para hacer público el enlace.

Pero *Aviron*, que tenia trato con una rica viuda, hija de una de las principales familias de Damasco, desoyó la voz de su conciencia y la de *Lobna*, de quien, sediento de riquezas, determinó deshacerse á todo trance.

Tres noches despues *Lobna* era cadáver.

Y mientras la infeliz envenenada espiraba en el lecho del dolor, el inficuo disponia los preparativos de su nueva y lucrativa boda.

Era imposible que el Dios de la justicia consintiera iniquidades semejantes.

Así es que el día en que habia de verificarse el matrimonio, la mano de la muerte borró del libro de los vivos el nombre maldito del hebreo.

Pocas horas antes de morir llamó *Aviron* á sus tres hijos *Saul*, *Omar* y *Arramedí*; y colocando á éste á la izquierda y á la derecha á los gemelos, les dijo:

—Como conozco que muy pronto voy á bajar al sepulcro, porque el dolor atormenta como nunca mis sentidos, os he llamado para daros mi último consejo. *Omar* y *Saul* se echaron á llorar.

Arramedí permaneció impassible; tal vez recordaba los lastimeros ayes de *Lobna*, su madre, que ahora desde las mansiones del Edén le contemplaba venturosa.

—Yo era pobre—continuó el viejo *Aviron* agonizante;—pero fui criminal, renegué de mi ley y conseguí allegar grandes riquezas. Por eso, como mi único dios fue el oro, muero feliz, señor de miles de esclavos que me obedecen de rodillas, dueño de tantas tierras cuantas haber pudiera un príncipe.

La voz del infame se hacia cada vez mas débil.

—Ven, entrañable *Saul*,—dijo—y tú también querido *Omar*; aceraos, porque desco bendeciros.

Y les bendijo.

—¿Y á mí?—esclamó *Arramedí*.

—A tí... te maldigo.

La pobre criatura, acordándose de su madre que tanto le queria, comenzó á llorar, como lo que era, como un niño.

—Para vosotros, amados *Saul* y *Omar*—prosiguió el malvado, con voz apenas perceptible,—serán todos mis bienes; pero para tí, jóven *Arramedí*, que eres el espejo de la que te dió el ser, cuya figura atormenta mi alma en este instante, tan sólo será mi maldicion. ¡Maldito seas... y los hijos... de tus hijos... sean... mal... di... tos...!

Aviron espiró.

Y los genios del mal sumieron su espíritu por toda una noche sin fin en las tinieblas.

Los hermanos gemelos se repartieron los cuantiosos:

(1) Blanca como la leche.

bien
cia
á un
Sa
to de
pos
ben-
Y
bia
Y
plac
to de
estre
Po
est
Arra
conc
plac
Ti
Ar
mar
peric
Y
de la
Glad
su p
Ar
do de
mism
Y
Po
las c
cabe
lino,
Po
le ha
herm
Ur
hom
escu
ment
man
Y
—
alas
regio
mado
quel
nazari
rotar
mo si
jola
Si la
te de
ventu
Y
—
de la
pero
me r
á luz
inger
Omar
Ar
Saul
sus e
pues
que p
Y
Pe
de A
men
Y
zon d
Ye
galib
Po
se lu
voló
los ju
Y
honor
su po
Lo
ment
oidos
Y
con s
Ma
en la
el lil
Y
nos,
gruta
More
Y
mon
de b

(1)
(2)
(5)
(4)

bienes de su herencia, sin compadecerse de la desgracia del desheredado, á quien arrojaron de su casa como á un perro.

Saul, deseoso de gloria, se encaminó con el producto de sus bienes á España, donde la victoria volaba en pos de las banderas del caudillo Abdallahis-ben-Muzaben-Noseir.

Y Omar se trasladó con todos sus tesoros á la Arabia para dedicarse al comercio.

Y al paso que Omar y Saul apuraban la copa del placer, Arramedi, arrojado por sus hermanos, maldito de su padre, se vió reducido á la miseria, hasta el extremo de pedir limosna por las calles.

Pero el que todo lo puede maldijo desde su trono de estrellas á Aviron y á sus hijos gemelos, y bendijo á Arramedi, como igualmente á los hijos de sus hijos, concediendo á unos y á otros para el dolor ó para el placer cien años de vida.

Trascurrieron muchas lunas. Arramedi, á quien Alláh había dotado de un talento maravilloso, llegó á ser el poeta mas preclaro del imperio.

Y el emir Abul-Abbas, que subió al trono despues de la derrota y muerte de Meruan-ben-Mahomed-el-Giadi, último ben-omeya en Damasco, le favoreció con su proteccion.

Arramedi, rodeado de las auras de la fama, colmado de bienes, vivia al lado de la princesa Safia (1) en el mismo alcázar del califa.

Y vivia feliz. Porque Safia con su tez blanca como la espuma de las cataratas del Tigris, con su cabellera rubia como el cabello del maiz, y sus ojos azules como la flor del lino, era un portento de belleza.

Porque, para que fuese completa su dicha, el cielo le había concedido un niño, Harum, que era por su hermosura el embeleso de sus padres.

Una noche se presentaron en casa de Arramedi dos hombres, pobremente vestidos, feos, demacrados, escuálidos, tanto que el poeta tuvo que mirarles fijamente para reconocer en ellos á sus dos infueros hermanos.

Y dijo Saul:

—¡Mi buen Arramedi! La fama ha conducido en sus alas el nombre de tus riquezas y tu ingenio hasta las regiones mas apartadas de Occidente, donde Saul, llamado por sus hazañas el Galib (2), vivia al lado de Raquel dichoso y colmado de bienes inmensos; pero los nazarenos hicieron una *algara* (3) en mis tierras, derrotaron mis tropas, se llevaron todos mis tesoros, y como si el cielo aun no estuviere satisfecho, la vida de mi idolatrado Dathan costó la de su madre incomparable. Si la bondad alienta tu corazon como siempre, apiádate de las lágrimas de Saulgalib, tu hermano mas desventurado.

Y dijo Omar:

—¡Hermano mio! Yo era el mas rico comerciante de la Arabia, tanto que mis camellos no tenían número; pero el Simum consumió mi caravana, y la eternidad me robó las gracias de mi Maliha (4), que murió al dar á luz á mi Zayad. Ya que la fama de tus riquezas y tu ingenio me ha conducido á tu presencia, perdona á Omar y ten piedad de su desventura y desconsuelo.

Arramedi, condolido de las desgracias de Omar y Saulgalib, les dió de comer, satisfizo su sed, cubrió sus carnes desnudas y, enternecido hasta no mas, despues de repartirles la mitad de sus bienes, les invitó á que permaneciesen cuanto tiempo quisieran en su casa.

Y los pérfidos aceptaron. Pero como Alláh había maldecido á los hijos gemelos de Aviron, el genio del mal les inspiró la idea del crimen mas nefando.

Y el ángel de la impureza vertió su copa en el corazon de Omar, que deseó la posesion de Safia.

Y el demonio de la avaricia movió el corazon de Saulgalib, que ambicionó las riquezas todas de Arramedi.

Por eso una noche las gurias de Saulgalib y Omar se hundieron en el peñol del bondadoso, cuya alma voló pura como la mirada de Alláh á las mansiones de los justos.

Y la hermosa Safia, prefiriendo la muerte á la deshonra, luego de poner en salvo á su Harum, exhaló su postrer aliento envenenada.

Los infueros tuvieron que abandonar precipitadamente la córte para evitar el castigo del emir, á cuyos oídos había llegado la noticia de la catástrofe.

Y andando, andando, huyeron á Córdoba, donde con sus hijos Dathan y Zayad se refugiaron.

Mas como la mano del Todopoderoso penetra hasta en las entrañas de la tierra, la segur de la muerte cortó el hilo de la vida de los malditos.

Y el avaro Saulgalib, rodeado de los genios malignos, fue condenado á morar en las sombras de una gruta, que existia en la parte del norte de Sierra-Morena.

Y Omar el impuro, transformado en un horrible monstruo, con cabeza de leon, cuerpo de águila y cola de ballena, habitó desde entonces al lado de Saulgalib.

Bagdag, á donde habían trasladado su córte los principes Abbasidas, vió pasar muchas lunas por encima de sus alminares hasta el dia en que pudo admirar el ingenio maravilloso del poeta Harum-ben-Arramedi.

Harum, que educado en Damasco en casa de una maga supo la desgraciada historia de los autores de sus dias, apenas sintió en su mente el fuego creador del insigne Arramedi, se dirigió á la córte, y presentándose al califa, alcanzó que el sabio Al-Raschid, complacido de ver al hijo de un tan sublime ingenio, le favoreciese con su proteccion, dándole, para inorar en él, el mejor retrete de su alcázar.

El nuevo poeta dejó tan atrás á su padre, que por la dulzura de sus versos fue llamado en Bagdag *el ruiseñor del Paraiso*.

Y, como estaba escrito, se enamoró de una princesa, la mas hermosa del imperio, blanca, de cabellos rubios y ojos azules como Safia.

Y Amina (1) y Harum vivieron luengos años, cada dia mas enamorados uno de otro.

Y para colmo de su felicidad les concedió Alláh un hermoso niño, que se llamó Jusuf.

(Se continuará.)

ABDON DE PAZ.

APÓLOGO.

Era una tarde de Estio:
El sol se iba ya ocultando,
Su última luz reflejando
En la corriente de un rio.

Junto á este rio profundo,
Bajo un sauce que besaba
Casi las aguas, se hallaba
Un jóven meditabundo.

Jóven que aunque pocos años
Contaba, el hado inelemente
Marcado había en su frente
El vicio ó los desengaños.

Flaco, macilento, triste,
De mirar sombrío y torvo,
Parece causarle estorbo
Cuanto en este mundo existe.

Se ven en su rostro insano
Las huellas del sufrimiento;
Su paso inseguro, lento,
Es el paso de un anciano.

El destino que le amaga
Muestran sus hundidos ojos,
Que brillan... como despojos
De una hoguera que se apaga!

A sus pasiones sin freno
No hallando digna morada,
Contempla el agua azulada
Porque lo atrae á su seno.

De un monte por el sendero
Otro hombre baja cantado,
Sobre los hombros llevando
De su trabajo el apero.

Alto, robusto, fornido,
Aunque en años ya maduro,
Camina con pié seguro
Y como un jóven erguido.

Brilla en su dulce pupila
El purísimo contento
Que inspira el convencimiento
De una conciencia tranquila.

Deja el sendero y avanza
Veloz á orillas del rio,
Al ver que al fondo sombrío
Del agua el jóven se lanza.

Tras él se arroja, y con maña
Lo saca del rio á nado,
Y lo coloca en un prado
De césped y de espadaña.

—¿Quién eres, mozo imprudente,
Que tienes la vida en poco,
Y te arrojas como un loco
En medio de esa corriente?

—¡Un infeliz! ¡Triste lidio
Con mi suerte sin ventura!
Huyo de la desventura....
¡Para buscar el suicidio!

Fuí un dia rico heredero,
En la ociosidad criado;
Y hoy me veo abandonado
Sin amigos, ni dinero.

De vil placer y locura
Sembré mis primeros años...
Y coseché con usura
Lágrimas y desengaños!

¡Ay! De la desgracia así
Me condujo en pos la suerte...
¿En dónde, sino en la muerte
Hallaré consuelo?

—En mí.

1) Fiel.

Ven, te enseñaré un atajo
Para huir del precipicio.
—¿Dime quien eres!

—El vicio.

¿Y tú?

—¡Yo soy el trabajo.

Y subiendo ambos el monte,
Bajaron á la otra falda,
Cuando el sol entre oro y gualda
Se hundia en el horizonte.

*Si ociosa la juventud
Cruza el camino del vicio,
Siempre el trabajo propicio
Le enseña el de la virtud.*

REMIGIO CALLA.

MAL DE OJO.

(CUENTO)

—Señor, dijo á Prieto, vuesa merced es mi padre, vuesa merced es mi protector y mi todo. Por vuesa merced vivo y aliento; de vuesa merced es mi vida, y disponga de ella como sea servido. ¿Quiere vuesa merced casarme? Cáseme, que yo en ello vendré gustoso. ¿Con quién? Vuesa merced lo diga, que yo pronto estoy á obedecerle y respetar su voluntad...

—Paso, paso, Diego, hijo, repuso el pañero; no tantas mercedes, que no soy hidalgo, ni está bien en tí que me lisonjees sobremanera; que si alguno te escuchara, segun que me estás *mercedando*, creeria que intentabas pedirme á Blasica para tu mujer...

—Y esto ¿os ofendiera, maestro? preguntó Diego.

—Confíesote que no, contestóle Anton, porque si es cierto que tú no tienes padre ni sobre qué vivas ni mueras, mi Blasa, la desdichadilla, yo sé que no puede volver locos á los hombres por su gentileza.

—Pero es tan buena conmigo, y tiene unos ojos... dijo el aprendiz de pañero.

—¡Luego tú la quieres! saltó maese Prieto.

—¡Sí, señor! contestó Diego muy por lo bajo.

—¿Y casaríaste con ella? tornó á preguntar el padre de la jibosilla, á que volvió á responder *si* el mancebo.

Entonces fue el alegrarse, y el saltar, y el gozar de maese Prieto. Abrazaba á Diego, lloraba y reia en un mismo punto, tirábase por la yerba, arrojaba á lo alto el sombrero y hacia otras mil suertes de locuras, de que en verdad hallábase asombrado el mozo y se movían los que por aquel sitio holgaban en aquella hermosa tarde. Por fin, harto de zapatetas y travesuras, Anton dijo á su aprendiz:

—Acabemos, Diego, con el salpicon, que segun tiene de cebolla, habrá de echar menos el vino, y vamos, que Blasa nos espera y llevarla hemos buenas nuevas.

Con que, en efeto, acometieron con lo que de la merienda quedaba, y á punto que anochecia entraban ambos por la calle del Meson de Paños, midiéndola de ancho en largo, y mostrando bien á las claras ser allí zaques y no personas.

Blasica los esperaba en la puerta de la casa entre impaciente y temerosa.

V.

Dende á un mes celebráronse las bodas de Diego y la hija del pañero; mucho se rió en el barrio; mucho se comadreo desde Platerías á la huerta de la Priora, y desde los portales de Guadalajara hasta el Calvario de Lavapies; y aun no faltó algun poetilla chirle que compusiera un muy gracioso paso alusivo al casamiento de la jorobadilla con el gentil mancebo de la calle del Meson de Paños. Mas de todo importábasele una higa á Blasica, y tenía á envidia y celos de las mozas, que hubieran querido para sí al lindo pañero. Blasa, que mas creia vengarse de las hermosas que satisfacer su amor y deseo al velarse con el aprendiz de su padre, estaba contentísima; no tanto Diego, á quien las burlas herian, y que se iba cada vez mas convenciendo de la fealdad de su mujer. Al mes de casado, parecíale ya enorme la corcobadura; habia ya visto de otro modo que por el extraño movimiento de las sayas la gran torcedura de las piernas de Blasilla; y como ésta era verdaderamente feliz, reíase mucho, y mostraba en consecuencia mucho la boca y sus horrores. Las enamoradas caricias de Blasa teníanlas ya Diego á pesadéz y cansada gazmoñería, y ya ni apenas los ojos de la pañera bastaban al contento pasajero de su esposo. Necesario término de union tan poco meditada.

Los nuevos marido y mujer vivian en la casa de maese Prieto en el arrabal de la Santa Cruz, dejada por Tello Jaraba, el alguacil de villa. Allí habían puesto dos telares de paños, y como por repetidas ordenanzas y pregmáticas de los reyes, nuestros señores, no era lícito fabricar cosas de mecánica y oficio, sino á oficiales examinados, y Diego no lo era por no tener entonces la edad necesaria para serlo, menester fué que entrase de maestro un segoviano, maese Agustín Estéban, que fué entrar la perdicion en la casa de la

(1) Es ociosa, pira.

(2) Vencedor.

(3) Correría.

(4) Hermosa.



VENECIA.—PLAZA É IGLESIA DE SAN MARCOS.

pañerica, como podrá ver mas adelante el curioso lector, si en seguirlo siendo tuviese gusto.

VI.

El oficial examinado de los telares de Diego, el pañero segoviano, maese Estéban por fin, érase un hombre de sobre cuarenta ó mas años, decidior, entrometido, embustero, gran galanteador, muy amigo de esgrimir y jugador fuerte de primera de Alemaña, que es juego de naipes en que mucho se puede hacer trampas y fullerias, no desconocidas ciertamente para el dicho oficial.

Pues como adquiriese trato y confianza maese Agustín Estéban con Dieguillo, comenzó de pervertirle y enseñarle infinidad de vicios y picardías de que era ignorante, haciéndole tomar por hábito la holganza, y embriagándole cada dia en los bodegones del altillo de Buena-Vista ó en los del Rastro de la villa. Con frecuencia acontecia que, como hiciese bueno, deciale Estéban á Diego:

—Nosamo, ved la hermosa tarde y el sol que cae. Dicha fuera darse una vuelta camino del monesterio de Atocha ó por las Vistillas de Sant Francisco, de do se ve la fábrica que están haciendo de la Puente Nueva; que para estos paños bajos que agora tejemos, tiempo hay de sobra. Demás que en levantándonos mañana que nos levantemos un hora antes del sol, adelantaráse lo perdido.

Diego miraba á su mujer, que solia decirle:

—No se hace la casa con holgar, marido; ni la hormiga recoge la vitualla para el invierno yéndose de carreras ó de vistillas, sino afanando y trabajando de sol á sol. Os mando, pues, que no vais á donde llevaros quiere maese Estéban.

—¿Qué se entiende mandar? contestábala entonces con gran desacato el oficial. ¡A vuestro marido mandais! Dad gracias á que no estoy en el lugar de mi amo, que mejor trato de cuerda no le habria llevado jamás galeote alguno de las galeras de S. M.! ¡Mandar vos! ¿Cuándo se vido tal cosa? Dicha vuestra es que el señor Diego mas tenga de mujer que de varon, que si lo justo fuera...

—¿Mas qué sabeis vos de lo que tiene? ocurriale preguntar á la corcobada. Vos sí, que sois un perdido, quereis perder á mi Diego, y no será mientras yo viva.

—Nosamo, saltaba Estéban, haced callar á vuestra mujer, ó no respondo de mi paciencia.

Diego al fin reñia con dureza á la desconsolada Blásica, inclinábale al parecer del oficial, y para asentar fuertemente la autoridad de marido, acababa por coger la capa y el sombrero, diciendo á maese Estéban:

—Vaya, vaya, compadre, asid de vuestro manteo, tomad la espada, y dejemos á esta lisiada que grite en buen hora hasta que enmudezca, que no fuera escasa dicha.

Y tomaban la vuelta de la calle.

Tambien en ocasiones solia decir Agustín á Diego á tiempo que salian:

—Habréisos echado en la bolsa algunos reales por si se ofreciere una primera en la taberna del Campillo, que ansim smo el segoviano habia aprendido la flor del juego al marido de la corcobada.

—Razon teneis, no los puse, contestaba de comun Diego, porque su mujer tenia guardados los dineros.

Y entonces comenzaba entre ambos esposos otra discusion sobre el dar de los reales, que pocas veces tenia buen fin para la pobre Blasa.

De uno en otro vicio fue Diego haciéndose familiar de todos, profesando la ancha religion de la truhanería; para mejor gozar de sus placeres en compañía del disoluto oficial segoviano, quitó á la jibosilla la guarda de los buenos ducados que llevara en dote, con que presto corrieron el camino de los dineros que se dice del sacristan. Ni habia ya taberna, bodegon ó ventorrillo que Diego no visitara en la villa, ni noche alguna tornaba á su casa antes de las nueve, y de esas las mas borracho y todas sin blanca. Acabó por entregarse á amores del partido, siéndole igualmente conocidas las mancebías del Humilladero de Nuestra Señora de Gracia, la que estaba junto á la Torrecilla de Leal y la de la Cava de la Puerta del Sol, en donde pocos años despues la gran piedad del rey don Felipe II habia de fundar la iglesia y convento de religiosos calzados de Nuestra Señora del Cármen. Sus amigos eran, á mas de maese Estéban, guia de su perdicion, todos los pillos y gente de mal vivir que abundaba entonces en Madrid con la venida de la córte; sus ocupaciones jugar, beber y distraerse con las mohateras del amor; los lugares ordinarios de su residencia y esparcimiento, los que ya he dicho: y en tanto, el caudal mermaaba, los telares no chirriaban, y ni los paños se vendian, ni á la postre húbolos para vender.

A todo esto, Blasa no hacia sino llorar su desventura. Maese Anton, cuando vió establecida y contenta á su hija, traspasó sus telares, vendió su casa, y con los pocos de dineros que se habia reservado, mas los de la venta y traspaso, fué con Mari-Soto á acabar sus dias en un rincón de tierra de Castilla la Vieja, de donde era oriundo y á do tenia aun lejanos parientes. La religiosa del convento de Santa Clara, prima de la mujer de Prieto, habia muerto de un atracon de frutas de sarten con que obsequió á la comunidad cierta novicia rica en el dia de su profesion; de suerte que Blasa encontrábase ya sola en el mundo, y lo que era peor, destruidas sus riquezas, que para ella lo era su dote, muertas sus esperanzas y vivas su joroba y su fealdad. Hasta sus ojos, antes dulces y claros, habíanse tornado huraños y sombríos, con que el rostro de Blásica parecia el de un demonio del infierno.

Presto se acabaron los dineros, que maese Estéban

no holgaba en lo de esquilmar al cuitado de su amo. Voló el pos-trer ducado, emprestáronle unos pocos al malaventurado Diego sobre la casa y telares, escaso el décimo de lo que valian, con que hubo para algunos dias de aquel mal vivir, de aquella continuada pesadumbre del juego y el vino, de aquella desesperacion sin término de que ya se iba cansando el jóven pañero, puesto que no los dejaba, como no deja de correr el hombre por el monte que le despeña, ni deja de volar la pelota por el aire á que la arroja el arcabuz del soldado. Doloroso estremo del vicioso, para quien siendo muerte el vicio y conociéndolo, va arrastrado hácia ella, bien que contra su voluntad, por su misma voluntad. Son los placeres inmoderados un rio en que primero se navega con el viento á la popa y mansamente; pero en el cual bien pronto nos vemos arrastrados á la mar del desórden, sitio en que se anegan y sumergen todas las alegrías, todas las virtudes y todas las esperanzas, y á donde nos acompaña la soledad, porque en su orilla nos deja el verdadero amigo por no contaminarse en sus aguas hediondas, y el falso porque ya mas no espera de nosotros.

No de diversa manera aconteció á Diego. El no tenia amigos verdaderos, caso de que los haya en el mundo; pero sí muchos falsos, atraídos al olor de los ducados de Anton Prieto, como los cuervos al de la carne. Estos, cuando vieron que ya el judío que hubo adelantado los dineros

sobre la casa y telares de Diego quedóse con la prenda y arrojó al pañero y su mujer de la morada en que habian tenido sus primeros dias de ventura, no parecieron mas ni vidolos Diego en todos los demás instantes de su vida. Y otro tanto sucediera con maese Estéban, si para otros fines la Providencia no hubiera dispuesto que el tal tuviese una hija moza en quien adoraba.

Viéronse, pues, Diego y Blasa en la de todos, sin herencia y sin amor, pero con un tiernecillo infante que pocos meses antes de esta última desventura habia dado al mundo la corcobada, y cuya hermosura tenia asombrados á cuantos le veian, que asi se complace Dios en sacar del monstruo mas espantable la mas linda y graciosa criatura de la tierra. Este pudo ser el principio de la salvacion de Diego, y esta fue en efeto la causa de que buscarse en la misma calle del Meson de Paños quien le ocupara en sus telares. Queríanle todos en aquellos sitios, á pesar de su conducta pasada, de suerte que presto halló trabajo en la propia casa del que habia comprado la de Anton Prieto. De ella habia Diego salido rico, y á ella tornaba pobre; amo, y entraba criado; inocente, y volvía pícaro; virtuoso, y llegaba comido de los vicios y las deshonestidades. Allí derramó lágrimas donde tanto habia reido; allí padeció humillaciones donde habia sido hijo mimado de la suerte; allí dejaba el sudor de su frente donde habia sacado el de los oficiales de su suegro y señor maese Anton Prieto.

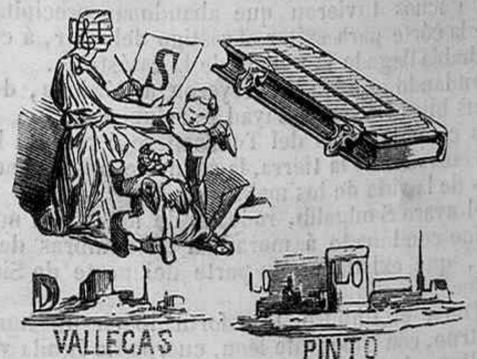
(Se continuará.)

FEDERICO VILLALVA.

GEROGLIFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

La filosofía consuela las penas mas deprisa que el tiempo.



La solucion de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAS.
IMPRENTA DE GASPAS Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRÍNCIPE, 4.